125 AÑO JUBILAR MSF

MES DE MAYO 2020

**EL CARISMA**

*Después volvió a Nazaret, el pueblo donde había crecido.*

*Un sábado, como era su costumbre, fue a la sinagoga. Cuando se levantó a leer, le dieron el libro del profeta Isaías. Jesús lo abrió y leyó:*

*«El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido*

 *y me ha enviado para dar buenas noticias a los pobres,
para anunciar libertad a los cautivos,
para devolverles la vista a los ciegos,
para rescatar a los que son maltratados**y para anunciar a todos que:
“¡Éste es el tiempo que Dios eligió para darnos salvación!”»*

*Jesús cerró el libro, lo devolvió al encargado y se sentó.*

*Todos los que estaban en la sinagoga estaban pendientes de él. (Lc 4,16-20)*

El Espíritu del Señor se posa sobre aquellos que están abiertos a su palabra. Ofrece dones a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana para una respuesta mejor y más completa a la llamada a comprometerse activamente en la vida de la Iglesia. En griego la palabra “carisma” se usa para indicar este don especial de Dios. La definición conciliar del carisma afirma que sirve para capacitar al cristiano para experimentar eclesialmente su servicio al crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo. Por tanto, se refiere al ministerio del cristiano para el bien de la Iglesia y de cada uno de sus miembros.

Esta gracia ha sido recibida hace 125 años por el Venerable P. Berthier. Tras muchos años de esfuerzos fundó la Comunidad de los MSF. Al presentar el carisma de nuestra Congregación tendremos en cuenta tanto el carisma del Fundador como el carisma del Instituto.

1. **El carisma del Fundador.**

La expresión “el carisma de los Fundadores” aparece en la Exhortación Apostólica de Pablo VI “Evangelica Testificatio” del 29 de junio de 1971. Significa el don del Espíritu, dado a algunos hombres y mujeres, para despertar en ellos la capacidad adecuada de crear nuevas comunidades de vida consagrada en la Iglesia. Es principalmente un don personal que transforma a la persona del Fundador, de modo que lo prepara a una llamada y a una misión especial en la Iglesia; es también un don comunitario porque implica a otras personas para la realización histórica de esta misión; finalmente es eclesial porque por medio del Fundador y su comunidad se ofrece a la Iglesia para su desarrollo dinámico.

El carisma del Fundador incluye el carisma personal del fundador que no es transferible, y también el carisma transmitido al Instituto como un estilo de vida espiritual especial de la primera comunidad, que se basa sobre la, así llamada, experiencia fundacional.

El carisma personal del fundador es un don de naturaleza general, dado a la persona del fundador, para dar inicio a una nueva fundación. Considerando la cuestión del carisma personal de Juan Berthier, se debería examinar la situación socio-religiosa del tiempo en que vivió. La necesidad de misioneros derivaba de la situación social en Francia y en todo el mundo. Nuestro Fundador ha repetido las palabras de Cristo: “la mies es mucha pero los operarios son pocos” (Mt 9,37). Al comienzo de su libro “La Obra de las Vocaciones Tardías”, el P. Berthier se refería a la enseñanza de León XIII, que en la encíclica *Sancta Dei Civitas* expresaba por este motivo su amargura y pesar. El P. Fundador escribía en su obra el deseo de salvar a todas las personas y conducirlas a la verdad, a imitar a Cristo y a la unidad. Ante todo, volvía su corazón a las naciones que no habían recibido nunca la luz del Evangelio. Notaba que si bien los seminarios formaban sacerdotes para las diócesis y los noviciados para religiosos y religiosas, los seminarios muy raramente preparaban misioneros. Animaba a las personas que sentían la necesidad de las misiones a crear escuelas misioneras para educar y formar misioneros.

Subrayaba la necesidad de fundar escuelas dedicadas a acoger y educar a jóvenes con aspiraciones a la vida apostólica. Esas escuelas debían acoger a los jóvenes que a causa de su edad o de la pobreza de sus padres, no podían completar sus estudios. Estos, a través del estudio y la práctica de los consejos evangélicos, debían prepararlos al apostolado de modo que, una vez instruidos, deberían dedicarse a enseñar a otros candidatos en las escuelas para vocaciones tardías o también misioneros para llevar el evangelio a las naciones que no conocían a Cristo.

Berthier añadía que estas escuelas eran idóneas para aquellos tiempos. Se complementaban perfectamente con el panorama de otras escuelas y seminarios apostólicos. No quitaban candidatos a ninguno, pero ofrecían la oportunidad de formación a aquellos para los que no había lugar en otras escuelas o seminarios. Subrayaba que estas escuelas tenían grandes posibilidades porque la edad de aquellos con vocación tardía, aunque no tenían tantas condiciones favorables para estudiar y aprender, se caracterizaban, sin embargo, por la madurez y la convicción de lo que ansiaban realizar. Esto permitía trabajar con fruto para la salvación de las almas.

Para tal fin, decidió fundar la Congregación de los MSF para las vocaciones tardías. Su trabajo fue inspirado por las palabras de Nuestra Señora de la Salette: “Hijos míos, hacedlo llegar a todo mi pueblo”. Berthier pensaba que no había nada más eficaz para las misiones que preparar misioneros. Lo confirmó con sus propias palabras: “ésta era mi propia convicción”. Este era el carisma personal del Fundador. Así pues, no podía hacer otra cosa que realizar este proyecto, comenzando por presentarlo al Papa. Surge así el carisma del acto de la fundación (fundacional)

1. **El carisma fundacional.**

La diferencia entre el carisma fundacional y el carisma del fundador es que el primero contiene también los carismas de los primeros estudiantes. Es concedido para crear y desarrollar una nueva comunidad con una fisonomía única que pueda sobrevivir durante siglos gracias a la identidad de la vocación dada por el Espíritu Santo a algunas personas. El carisma fundacional es necesario para realizar un carisma personal, en determinadas condiciones sociales, para el bien de la Iglesia.

El carisma fundacional comprende también un estilo de vida espiritual especial de la primera comunidad que se basa en la, así llamada, experiencia fundacional. Viene creada en la comunidad de vida de los estudiantes y del Fundador en el momento de la creación de una nueva comunidad, y durante toda la vida del Fundador. Producen típicas características propias del carisma (vida y misión). El fruto de la experiencia fundacional constituye el centro irreformable del carisma, que debe sobrevivir entre todo aquello que es mudable.

Conociendo la biografía de Juan Berthier, se puede ver que la realización del carisma personal que ha descubierto no ha sido fácil. Por un lado, ha tenido que arreglar las cosas en la Congregación de los Saletinos y obtener la aprobación para la realización de su trabajo por parte de la Iglesia; por otro, ocuparse de los preparativos para la apertura del nuevo instituto.

Por tanto, el primer paso del P. Berthier ha sido el de encontrar una sede para su obra. Berthier discernía perfectamente el espíritu de los tiempos y, anticipando que Francia había expulsado a las órdenes de su país o limitado su actividad, buscó un país en el cual pudiera realizarse la idea de fundar la Congregación. Eligió los Países Bajos. Otro paso: encontrar recursos materiales para mantener y desarrollar la obra. En este momento, el sentido económico del P. Berthier se hace más explícito. Estaba en condiciones de vender sus libros y encontrar bienhechores que por una sola vez ayudaran a la Congregación o que se convertían en bienhechores regulares.

Berthier subrayaba que la Congregación tiene necesidad de personas idóneas, jóvenes temerosos de Dios, piadosos, generosos, dispuestos a dejar la propia familia y la patria para siempre, laboriosos, inteligentes, mansos, razonables, obedientes, fuertes físicamente, de aspecto decente y de buena salud. Los candidatos deberían tener una edad comprendida entre los 14 y los 30 años, decididos a dedicar la propia vida a la práctica de los consejos evangélicos, a educar a otros misioneros y a las misiones extranjeras. Estos tres elementos: espíritu misionero, religiosos y la formación de nuevos misioneros, constituían la base y, al mismo tiempo, el objetivo para admitir a los jóvenes en la Congregación. Lo encontramos en el punto 18 del cuestionario que el párroco rellenaba en favor del candidato que quería entrar en la Congregación. En este punto se lee: “¿quiere durante toda la vida mantener los consejos evangélicos y dedicarse a formar a otros misioneros o trabajar en la misiones?”

Berthier pensaba que “dedicar la propia vida al apostolado es una cosa buena, pero multiplicar las vocaciones misioneras es una cosa todavía mejor”. De este modo, se realizaba el carisma fundacional de la Congregación de los Misioneros de la Sagrada Familia.

En su testamento espiritual escribió a sus sucesores: “no olvidéis que la congregación nació para multiplicar el número de misioneros para enviarlos a las misiones extranjeras; que el modo mejor y más rápido para cumplir esta obra por voluntad de la providencia de Dios es la de fundar y desarrollar escuelas apostólicas cuyo fin sea admitir, sobre todo, a aquellos que no pueden alcanzar en otro lugar su meta por causa de la pobreza o de la edad”

**3.- El carisma del Instituto.**

Es un don del Espíritu que permite a los religiosos leer fielmente y poner al día la inspiración evangélica original del fundador. Es una forma del “códice genético evangélico” que significa la capacidad de la comunidad para renacer. La relación con el fundador no puede romperse jamás, pero la idea original viene siempre meditada y puesta en práctica según las nuevas necesidades históricas y según la nueva sensibilidad, siempre bajo la guía del Espíritu Santo.

Los compromisos actuales y concretos que el Fundador percibió durante su vida no deben ser los únicos. Los valores evangélicos específicos realizados en tiempo del Fundador no deben agotar el carisma del Instituto. Por tanto, a fin de leer lo más fielmente posible y de realizar el carisma del Instituto MSF, sus miembros se empeñan, por un lado, en conocer la idea del Fundador, y, por otro, la puesta al día y la adaptación de la original inspiración evangélica del P. Juan Berthier a las necesidades del hombre de hoy. De este modo, la relación con el Fundador no se interrumpe, y así la idea original se pone al día a partir de las nuevas exigencias históricas y en base a la nueva sensibilidad.

Esto se confirma, por ejemplo, en la ampliación del carisma de la Congregación en el aspecto del cuidado pastoral de las familias, que hoy, en tiempos de lucha por conservar el modelo cristiano de la familia, supone un papel clave en muchas Provincias.

Un aspecto importante del carisma del Fundador era la convicción de su validez. Berthier pidió a sus sucesores evitar introducir cambios y novedades, porque, a menudo, llevan al mal y hacen que la obra originariamente prevista pierda su carácter propio. El testamento del P. Fundador termina con palabras de ánimo a fin de que sus estudiantes no tuvieran miedo. *Si son verdaderamente hijos de la Sagrada Familia, nada les faltará.*

Este mandato se ha realizado en estos 125 años. Dando gracias a Dios por el don del P. Juan Berthier y sus sucesores, pedimos al Espíritu Santo ulteriores inspiraciones y la capacidad de leer los signos de los tiempos para continuar así sirviendo con fruto al Pueblo de Dios que está cerca y a aquellos que están lejos y que el Señor quiere llamar hacia sí.

 P. Adam J. Sobczyk, msf. (Polonia)